

congelada el pequeño ramillete de lirios ya marchitos, marchitos. Por sus labios aún vagaba una sonrisa, una sonrisa cruel que arrancaba lágrimas de amargura; y su cabeza cubierta con el chal desgarrado y verdoso, aparecía lánguida, dulce, angelical, como la cabeza de una virgen enferma..... ¡Oh! la miseria, la terrible miseria de la vida!.....

Es un cuento romántico, verdad? Parece increíble que estas pobres criaturas mueran de hambre y frío cuando hay miles de almas que pudieran socorrerlas. Y sin embargo, mueren.... ¡Comprendes ahora por qué soy malo, por qué ya no creo en..... nada, por qué ansío morir y por qué hago versos tristísimos?.....”

*
* *
*

Calló.

Callé.

La lluvia gemía como si Dios lamentara haber creado una humanidad tan egoísta.

En pleno ensueño

“Para el mundo, que sin fe
presume mucho y ve poco,
es necio el que menos ve,
y el que ve más es un loco.
¡Pascal, pues con santo anhelo
te mata del cielo el mal,
vuélvete á tu patria el cielo!....

Campoamor. Doloras LVI.

EN PLENO ENSUEÑO

Una tarde calurosa de estío, el sol, un ardiente disco de oro, lanzaba sobre la adormecida ciudad sus flamantes rayos haciendo brillar las cúpulas de las torres que se elevaban majestuosamente entre una atmósfera trañquila y sofocante por la cual revoloteaban como numeroso enjambre de insectillos de oro, infinidad de luminosos átomos, áurea nube del rojizo polvo de las avenidas que se levantaban á cierta altura envolviendo á la ciudad en una gasa dorada, sutil y transparente.

Era una de esas tardes pesadas y sofocantes, sin el más ligero soplo de viento y en las cuales la naturaleza entera parece sumergida en un profundo letargo. Los campos brillaban como mares de esmeralda y las ondas del San Pedro, como escamas movedizas de oro; las hojas de los álamos, ora amarillentas como viejo peluche, ora argentadas como láminas de plata mate, cuchicheaban levemente con los errantes insectos que apenas si turbaban con sus dulces zumbidos la calma y el silencio que reinaban por doquier. El cielo simulaba un inmenso y pálido zafiro; las amapolas doblaban sus rojos pétalos sobre los trigales, y las aves cansadas de revolotear entre las frondas, dormitaban en los blancos nidos.

Allá en la vega, bajo la fresca sombra de los corpulentos

árboles, las vacas cerraban pesadamente sus párpados, rumiando filosóficamente echadas sobre el verde pasto; las cigarras producían con el rapidísimo frote de sus élitros un grito agudo y monótono; los gavilanes trazaban grandes círculos en el espacio, y las culebras, á la orilla del agua, entre los juncos, agitaban nerviosamente sus delgadas lenguas de fuego.

Recostado perezosamente sobre un mullido tapiz de fresco césped; amparado por la benéfica sombra proyectada por un frondoso y perfumado jazmín cuyo penetrante aroma circulaba deliciosamente en mi redor, contemplaba embebido y somnoliento la insondable región del infinito. Mis párpados se entornaban dulcemente, y gozando de la calma del cuerpo al par que de la del espíritu, flotaba mi pensamiento en las inconmensurables alturas donde brillan los millones de refulgentes astros que giran verginosamente en el vacío llenándolo de vida, de animación y de esplendor, con el eterno movimiento de sus poderosísimas fuerzas equilibradas sapientemente por una Mano invisible y un Cerebro maravilloso.

El fuego de aquella tarde se comunicaba á mi espíritu, y éste, desprendiéndose de la tosca materia, tendía sus alas para elevarse con ansioso vuelo hacia la diáfana comba del firmamento irisado con las radiaciones del Astro-Ray, iluminado con las ráfagas que como apocalípticas espadas de fuego, atravesaban la atmósfera y herían la tierra.

Encontrábame en uno de esos momentos de plácido arrobamiento durante los cuales se hace abstracción del *yo* material, se olvida todo lo que nos rodea para dar franca libertad á la fantasía, al otro *yo* inmaterial, el alma, que abandonando las pesadas cadenas terrestres, se eleva puramente á flotar á otros mundos más perfectos. Los sufrimientos huyen, disípanse las nubes sombrías acumuladas en nuestra mente, cesan los dolores que nos aquejan, la

razón se purifica como el cielo después de la tempestad, el ensueño se apodera del alma, la presta sus blancas alas, la envuelve en su manto inconsútil de ideales gasas, la impulsa con un soplo divino, y arrebatándola de las tiránicas garras de la envoltura humana, la pasea por los países luminosos del sumo idealismo, haciéndola gozar de todas las delicias celestiales desconocidas hasta entonces para ella. Sepultamos todas nuestras amargas penas que se evaporan como las negras espirales del humo; volvemos á los primeros años risueños de la inocencia, y avanzando en pleno ensueño, contemplamos absortos, estupendos horizontes que nuestra razón ó nuestra imaginación reflejan levemente velados por misteriosas brumas que son las brumas del saber. El hombre brutal desaparece para dejar campo libre al espíritu soñador. El mundo nuestro, despreciable é insignificante átomo perdido en el abismo de lo infinito, parece como que se hunde en la nada con toda su legión de crímenes, de vicios, de perversidades, de odios sin nombre; y perplejos, mirando cómo circulan en torno nuestro gigantes planetas deslumbradores cuya existencia y esencia ni siquiera soñábamos; astros que se cruzan en todas direcciones dejando en el vacío irisadas estejas de cambiantes luces que forman una intricable red de rayos verdes como esmeraldas, rojos como carbúnculos, azules como zafiros, argentados como diamantes, áureos como jacintos, violados como amatistas, multicolores como ópalos, nos preguntamos si realmente, es decir, terrenalmente existimos, ó si muertos ya, nuestra alma es la única que viaja de universo en universo, de centro en centro, de luz en luz, caminando radiante de felicidad, ebria de dicha antes no sentida, luminosa, diáfana, rápida, hacia la perfección psíquica que debe desarrollarse en el formidable caos del infinito eterno.

En nuestro viaje romántico, ideal y encantador, nada

nos admira después de contemplar tantas maravillas ocultas por las distancias enormes que separan á los mundos siderales, puesto que, por medio del pensamiento ayudado por la ciencia, pasamos de un espectáculo bello y grandioso, á otro sublime; y de éste á otro indescriptible hasta estrellarnos contra esta palabra tremenda, sin nombre completo: ¡eterno!

Y creemos formar parte ya de ese gigantesco núcleo, como retenidos por innumerables fuerzas dinámicas invisibles que nos atraen y nos empujan haciéndonos girar con velocidades prodigiosas en torno de un centro que no está en ninguna parte, de un punto que también cambia de lugar á medida que avanzamos; y así seguimos volando eternamente como átomos infinitamente pequeños circundados por átomos infinitamente grandes en la misteriosa evolución de los mundos y de las cosas, dirigiéndonos sin rumbo aparente hacia un ideal desconocido que huye, huye siempre, persiguiendo á la muerte en cualquier sistema para revivir en otro cualquiera, juguetes siempre de las transformaciones perpetuas, esclavos de la ley de la destrucción que es la ley de la creación, siempre en pos de ese Sublime Ideal que se pierde en las sombras de los tiempos: ¡Dios!

¡Oh, maravilloso poder el del ensueño!

Pensativo y extasiado con tales ideas que hervían en mi ardorosa mente como candentes globulillos que chisporroteaban en un caldeado crisol, me abismaba en contemplaciones divinas, aceptando la realidad, pero prefiriendo la idealidad, deslumbrado ante la nítida blancura de ligeras nubecillas que flotaban por el cenit como bandada de palomas nubes; y adormecido paulatinamente caí en un estado de sopor muy parecido al de la fiebre. Me invadía una torpeza inaudita; mis músculos se afojaban; crujían mis huesos; un espantoso desquiciamiento conmovía todo

mi ser; y pasada esta rara crisis, las pulsaciones de mi corazón se iban debilitando, la sangre aflusa á mi cerebro no alcanzando ya las extremidades que se congelaban poco á poco; mis articulaciones se paralizaban y un dulce vértigo se apoderaba de mi mente sumergiéndome en un éxtasis voluptuoso, jamás sentido. Mi respiración se debilitaba y era tan leve que apenas hubiera podido empañar la superficie de un espejo. Yo me daba cuenta perfectamente de que la vida huía de mi cuerpo, pero á pesar de todo, el pensamiento permanecía lúcido y normal; podía recordar hasta los menores detalles de mi vida, y no me causaba ningún sufrimiento desprenderme de la existencia terrena al sentir que mi alma se desligaba de la materia: era como si mis despojos fueran de otro y yo permaneciese aún vivo, pero ya diáfano y leve como el mismo aire. Una sola idea me atormentaba: la de morir en la acepción brutal y completa de la palabra. Que falleciera mi cuerpo, que lo sepultaran, que lo devoraran los gusanos de la tumba, que descompuesto fuera á engendrar nuevas y diversas vidas, que resucitara en otros organismos, animales, vegetales y hasta minerales, pero que *la conciencia vital del yo* no dejara de existir; ésto era lo que me importaba. Podía admitir la ingratitud del mundo, el olvido, el desprecio, la total extinción de mi paso por la tierra en la memoria de todos mis conocidos, menos este egoísta pensamiento: *dejar de ser para siempre.*

Sin embargo, muy pronto me convencí de que seguía viviendo una vida meramente psíquica; sentí un vago estremecimiento como el aleteo de un abanico, como una caricia de la brisa, como un dulcísimo beso, y lanzando la última humana mirada, indecisa y débil, á la nubecilla que se cernía allá arriba, ví cómo iban brotando de su seno dos brillantes alas nacaradas que se tendían amorosamente en los aires; después se alargó girando con len-

titud apenas perceptible, apareció una silueta informe, luego una cabeza de ángel, divina, rubia, de dorada cabellera que ondeaba despidiendo vaporosas nubecillas de áureos copos. Más blanca que la nieve más pura, aterciopelada como una azucena, su espaciosa frente en cuyo centro lucía un rutilante astro, brillaba con un hermoso fulgor, rodeada por una aureola argentada en la que titilaban millares de pequeñísimas estrellas. Sus ojos eran diáfanos, extraños, comparables á dos ópalos; sus finos labios también imposibles y ligeramente nacarados; sus mejillas, róseas, y su cuello, de una flexibilidad y morbidez incomparables.

La celeste visión fué tomando forma; apareció un cuerpo transparente, impalpable, envuelto en una tela tan sutil, tan delicada, tan vaporosa, que parecía de luz, de átomos, de aire. Una sonrisa inocente animaba su deslumbradora belleza, y un raro perfume, casto y delicioso como la mezcla de mil aromas, rodeaba de prestigio sus divinas formas. Sus alas se perdían en el infinito, transparentes, inconmensurables.

Se inclinó dulcemente, me rodeó con sus esculturales brazos, y sin que yo sintiera el más leve contacto, me ví arrebatado por aquella fantástica visión hacia las ondas inexplorables del éter eterno.

—¡Ven!—me dijo. Estás muerto.....

Y ascendimos vertiginosamente durante unos momentos que para los hombres eran siglos.

Nuestro miserable mundo desapareció como por encanto y empezaron á surgir entre una atmósfera toda de luz, grandiosos planetas que deslumbraban con todos los colores del iris, desde el verde más puro hasta el rojo más intenso pasando por todas las gradaciones del colorido. Mi vista podía desafiar impunemente sus ardientes rayos que atravesaban fácilmente el aéreo cuerpo de mi celeste

guía, y yo no hallaba qué admirar más, si la virginal hermosura de ésta, ó la inenarrable de aquellos.

Avanzaban majestuosamente hacia nosotros, gigantescos soles purpúreos con sus flamas cabelleras que ondulaban zumbando cual hogueras infernales; soles violados, de un violado tierno, se perdían semejantes á inmensas amatistas entre la niebla; soles amarillos paseaban sus gemas claras, transparentes, á través de nuestro camino; soles azules como perdidas margaritas centelleaban á nuestros piés; soles blancos, lechosos, apagados, giraban sobre nuestras cabezas; soles tornasoles se mezclaban á todos como en un gran kaleidoscopio, se precipitaban con velocidades prodigiosas, sin chocarse, aparentemente sin órbitas determinadas, pero obedeciendo á una ley fija é inmutable, irisando el vacío con cascadas de luces; era aquello florecencia maravillosa del color, de la curva, de la armonía; como una fantástica orgía de fuentes luminosas dentro de un topacio cristalino; como una danza rutilante y mágica de florones, de ramilletes, de *bouquets*, de explosiones, de ramificaciones, de montañas apocalípticas, de regueros interminables, de cráteres enormes que despedían raudales de diamantes, y penachos de rubíes; un derrame desenfrenado de torrentes lumínicos, una locura de luz que derramaba todas sus brillantes y hermosas pedrerías, toda la escala de sus creaciones deslumbrantes que anonadaban completamente mi espíritu. Y de cada vez más, sentía la necesidad de ver nuevos sistemas, de embriagarme de luz, de volverme yo mismo un carbúnculo para participar del baile vertiginoso que miriadas de astros efectuaban en la sala del infinito.

Después huyó el enjambre deslumbrador, evaporóse perdido en las lejanas neblinas, y contemplé otros soles y otros mundos más bellos; estrellas que pasaban brusca-

mente dejando tras sí, caudas brillantísimas de argentado polvo; cometas monstruosos que se retorcan como formidables basiliscos; nebulosas que aparecían como océanos de diamantes, vastas, sin fin; mundos muertos que pasaban á mi lado como silenciosos espectros; planetas en formación que se agrietaban, que se consolidaban, que comenzaban á engendrar nuevas humedades; universos nuevos que huían con furioso vuelo, todo un caos en fin, que danzaba, revoloteaba, fulgía, silbaba, se precipitaba, zumbaba, se destruía para renacer más bello, volaba hacia la eternidad en una noche sin fin, por siglos y siglos, siempre avanzando con espantosa rapidez, sin llegar jamás, jamás, jamás!

—¡Mira!—exclamó de pronto mi guía.

Un globo color de rosa como una aurora de primavera se encaminaba hacia nosotros. Bien pronto estuvo al alcance de mis ojos, y entonces me invadió una felicidad embriagadora; sentí que una dicha inefable se apoderaba de mi alma. Por todas partes oíanse rumores de besos, cuchicheos de seres inmortales, batir de alas temblorosas, dulces y melodiosos cantos, pero tan tiernos, tan leves, tan apasionados, que resonaban en mi redor como un concierto de arpas invisibles que subyugaba y extasiaba. Se oían también armoniosas sinfonías de aves que mezclaban sus himnos, sus trinos y sus gorjeos, el misterioso rumor de las caricias que formaban en aquel mundo predestinado un sempiterno suspiro, amoroso y lánguido, cadencioso y ultra-terrestre. Ocultos laúdes preludiaban soñolientas sonatas, dulcísimas canciones voluptuosas que surgían de aquel mundo encantador entre el ambiente apacible de una perpetua Primavera bañada por la rósea claridad de una aurora perenne. Mil mansos arroyuelos serpenteaban por fértiles prados y cármes floridos de donde brotaban aromas de flores y frutos extraños; las corolas rebosantes de

néctares deliciosos, alimentaban á los millones de seres alados, jóvenes, hermosos, enamorados, que vagaban enlazados en celestial idilio. Ideales templos de cristal, con sus cúpulas y torres de oro, sus escalinatas de nácar, sus pórticos de mármol y sus naves llenas de guirnaldas de rosas y de festones de azahares, se alzaban por doquiera, sumidos en una tenue luz nupcial y campanas argentinas llamaban con sus himnos epitalámicos á la misa de la juventud.

—Oh, qué hermoso mundo!—exclamé con febril entusiasmo.

—Es el País del Amor,—contestó sonriendo mi ángel de las alas nacaradas.

—¿Y vos quién sois?—interrogué.

—Soy el Ensueño,—dijo arrebatándome de aquel paraíso.

—¡Oh, dejadme aquí,—supliqué elevando las manos en actitud de plegaria.

—Ven, ven,—repuso inexorable. El Amor es una bella mentira. El Amor se acaba. Ven.....

Vagamos durante algunos momentos por el abismo azulado. Pasábamos como rayos por universos nuevos, sin que mi razón tuviera noción exacta de las incalculables distancias recorridas. Yo veía insondables negruras, vacíos inmensos desprovistos de vida, vorágines que causaban vértigos horribles, mas luego reaparecían otros núcleos disipábase la tiniebla y seguía el desfile eterno de naturalezas nuevas.

—¿Cuándo llegaremos al Fin de lo Infinito?—me preguntaba yo angustiosamente.

Un planeta perfiló su figura á lo lejos, y no pude reprimir un gesto de estupor y de sorpresa. ¿Cómo? ¿Volvíamos otra vez á la Tierra? Los océanos, los volcanes, las serranías, los continentes, las islas, los ríos, las ciudades,

la época, todo era igual en conformación y edad á nuestro globo.

Adivinó mi gufa la admiración que de mí se apoderaba y contestó:

—¡No, no es la Tierra! Tu insignificante mundo se halla ahora á millones de infinitos de infinitos de distancia..... El mundo que miras, también se llama Tierra: tiene un sol como el tuyo, las mismas estaciones, idéntica configuración, iguales habitantes, semejante duración que el tuyo. ¿Acaso crees que tu mezquino planeta es el único en la creación?

Yo miré y oí con toda la fuerza de mis ojos y oídos. ¡Sí! Aquella era otra humanidad igual á la nuestra, de un parecido sorprendente. En aquel momento de su historia, los hombres se ocupaban en destrozarse mutuamente. También como nosotros, tuvieron un hombre infinitamente bueno llamado Cristo, que difundió imperecederas doctrinas proclamando el reinado de la igualdad, de la fraternidad, del amor; y también fué sacrificado como el nuestro y se olvidaron sus nobilísimas enseñanzas. A la sazón, aquellos otros hombres se odiaban á muerte; mil calamidades azotaban su mundo en el cual imperaban la maldad, la tiranía, el dolor, el egoísmo, el robo, el asesinato, el incesto, el vicio, la degradación, el orgullo, la vanidad, la injusticia, la prostitución, todas las pasiones malas que encierra el alma humana. Naciones enteras, por el más fútil motivo, se despedazaban como iracundos tigres defendiendo derechos que ellas mismas habían inventado. El rugir de los cañones, el silbido de las balas, los bélicos toques de guerra se oían aquí y allá en medio de las humaredas tenebrosas de los incendios. Desoladores ayes partían de aldeas, pueblos y ciudades; campos en ruina mostraban su pasado esplendor; familias enteras emigraban en busca de paz, aterrorizadas, hambrientas, heridas; los hombres ha-

maban patriotismo á la ley de destrucción, alzaban sus banderas, abandonaban á sus hijos, tiraban el arado, dejaban el hogar y el trabajo para hacerse esclavos de una cosa que llamaban disciplina, y para militar bajo las órdenes de los gobiernos que intrigaban en cuestión de intereses, sacrificando á aquellas estúpidas turbas que no comprendían todavía la altísima misión del hombre sobre la tierra. Millones de viudas y huérfanos lloraban la pérdida de algún ser querido, maldiciendo la guerra que las sumía en la más espantosa miseria. Y sin embargo, en otras naciones, la vida seguía impasible, traficando los seres en su eterno afán de amontonar oro y poder, para vivir en la opulencia mientras los pobres iban cubiertos de andrajos, sin pan, sin abrigo, sin hogares, abandonados á sus propios vicios y á su forzosa degradación moral. Aquellas grandes ciudades, eran focos de corrupciones indecibles; en ellas reinaba el egoísmo como principal factor de la existencia. Al lado de fabulosos millonarios, vagaban niños, mujeres, ancianos, obreros y obreras que sin trabajo, se morían de hambre. Los corazones se habían hecho insensibles, duros como el granito; los ojos sólo veían oro por todas partes; los oídos, sólo escuchaban este grito: ¡Oro! Las manos se afanaban por buscar de cualquiera manera el codiciado metal; los cerebros se engañaban unos á otros para adquirirlo. Ciencias, artes, industrias, religiones, tendían hacia el rico mineral: una gran cruz de oro se erguía hasta el infinito, y á su pié se hallaba presternada la humanidad aquella. Dios no existía, no se creía en él, se le odiaba. El Oro había creado el Universo: á El se dirigían todas las plegarias; la humanidad padecía delirio de grandeza: estaba loca! Lo más santo, lo más puro, lo más bello, lo más bueno, habían desaparecido del alma para ser substituido por lo más perverso, lo más encenagado, lo más monstruoso y lo más malvado. La fraternidad que debía

unir aquellos pechos, había muerto. La fe que debía hacerlos creyentes, había huído. En cada ser se veía un enemigo. El escepticismo plantaba su siniestro cetro en aquel mundo, y la duda corroía el cerebro de cada uno de sus habitantes. Gloria, virtud, creencia, todo había caído en la tumba de las cosas para siempre muertas!

Sus habitantes se levantaban ansiosos por echarse en busca de una moneda. Al robo se le llamaba trabajo. Al poder, virtud. A la hipocresía, urbanidad. A la tiranía, libertad. Al odio, amor. Al mercantilismo, religión. Al engaño, inteligencia. A la destrucción, patriotismo. Al vicio, civilización. A la ignorancia, ciencia. A la fealdad, arte. Al amor, necedad. Al orgullo, modestia. A Dios, nada! Era el mundo de las contradicciones. No se quería ver el cielo porque el negocio no daba tiempo para ello. No se oraba porque no se sentía. El sentimiento se llamaba Satán. La vanidad, era la Verdad. La Verdad, era mentira. Existía tal número de ocupaciones, de complicaciones, de dogmas, de leyes y de minucias, que la razón se volvía humo, sin acertar á dirigirse en aquel caos espantoso de ideas. Los buenos se tornaban malos, los malos, peores. Se vivía de prisa, de prisa, sin pensar en nada estable, sin preguntarle al espíritu ¿á dónde vamos? ¿qué será de nosotros? ¿A la muerte? Nos burlamos de ella.

Y así, aquella humanidad iba corriendo, empujando los de atrás á los de la vanguardia, contagiándoles, comunicándoles su sed de oro y placeres, inyectándoles su hastío, gangrenándoles el corazón con el fatalismo, de prisa, siempre de prisa..... El caído, el débil, el inválido, era pisoteado con indiferencia: no había tiempo para levantarle; era preciso avanzar, avanzar. El Destino, como un corneta de órdenes, tocaba desde el Palacio del Mal, á paso redoblado, y la muchedumbre inmensa marchaba de prisa, de prisa siempre, camino del castigo, atr pellándose, apu-

naleándose, cegada, sorda, angustiada, desdendiendo la voz profética del cielo que decía: "Sé buena, humilde y amorosa, y serás feliz eternamente."

—¡Eh! poetastro, mendigo, socialista, loco!

Las voces insultantes continuaban azotándose, brotando de aquel mundo como un solo grito formidable.

Volvióse mi ángel y exclamó con amarga sonrisa:

—¿Ya ves como también son hombres?.....

Pero cesó el infernal griterío de la ciega turba, y el planeta maldito se perdió entre las sombras de su infortunio, de prisa, de prisa, de prisa siempre.....

Yo me sentía inmensamente triste á pesar de viajar con mi guía el Ensueño. Una honda piedad se despertaba en mi corazón, tan honda y tan amarga, que el sufrimiento de aquella humanidad parecía haberse reconcentrado en mi pecho.

Otro astro verde, diamantinamente verde, avanzó entonces hacia nosotros, girando como un ojo de sirena, fascinador y misericordioso.

—Es el mundo de la Esperanza,—dijo mi guía.

En él, todos sus habitantes yacían sentados, con la mirada en lo alto, esperando, esperando.....

Pero ¡ay! como el anterior, huyó con una velocidad prodigiosa.

—¡Oh, sí, todo muere, todo, hasta la esperanza!

Apareció repentinamente ante mi vista un gran planeta gris envuelto en densa y pálida bruma. Pronto llegó á nuestro alcance y pude escuchar un extraño concierto que se levantaba de él. Era éste un triste clamoreo de gemidos, suspiros, ayes y llantos que resonaban melancólicamente á través de la niebla. Se oían por todas partes quejas desgarradoras, imprecaciones que brotaban lúgubramente, voces ocultas que clamaban dolorosamente, lastimeros llantos, ahogados sollozos, ruegos y súplicas, duros

apóstrofes, versos maldicientes, horribles blasfemias, tristes oraciones, espantosos anatemas, lentas salmodias que se confundían con el siniestro tañido de invisibles bronces que tocaban á muerto bajo aquel cielo sombrío y enfermo, que gemía derramando perenne lluvia de amargas lágrimas

Sentí un hálito frío como el primer soplo del invierno; un vago temblor me sacudía cruelmente, y con una tristeza inexplicable, y una hipocondría profunda, interrogué á mi ángel bueno:

—Es el mundo del Desengaño, — me contestó con infinita pena. Retirémonos; es un país bien triste.... Va también de prisa hacia la Muerte. Todo va hacia Ella y Ella hacia Dios.

—¡Sí! ¡sí! tengo miedo.....

Y un temblor convulso agitaba todo mi ser.

Seguimos caminando silenciosamente.

El cielo se tornaba horrible y obscuro. Ni un sol, ni un astro perdido, ni un mundo nuevo, ni un cometa, ni una estrella errante: el vacío, el terrible desierto de la nada, la inmensa cuenca, el misterioso boquerón de la tumba y del silencio eterno!

Mas de pronto ví avanzar una sombría nube rojiza que nublabá mi vista. Infinidad de moléculas me azotaban, me envolvían, me asfixiaban, me sepultaban..... ¡Dios mío!..... Apoderóse de mí un terror invencible, inaudito, espantoso! Miré á todos lados: mi guía había desaparecido, y solo, perdido entre aquella oscura y terrorífica nube de polvo sangriento, lancé un ronco y estentóreo grito de tremenda desesperación:

—¡Dios mío! ¡Mi Dios! ¿Dónde estoy?

Y una voz estruendosa que resonó espantosamente conmoviendo aquellas horribles tinieblas, contestó:

—¡Desventurado! estás en la eterna tumba del Ol-

vido!..... Osaste soñar y este es tu castigo. ¡Ay de los que sueñan en el mundo!

—Pero vos, vos, maldito fantasma que me rodeáis, que estáis en mí, que veo y no veo, ¿quién sois?

—¡La Realidad!

*
* *

Desperté bruscamente.

Debió prolongarse mucho mi sueño, porque ya el sol ocultaba su disco de flamante púrpura tras las nieblas de la lejanía. Los pastores regresaban cantando sus tristes bucólicas; las alondras aleteaban en las ramas buscando su nocturno albergue; las campanas de las iglesias repetían el místico toque del Angelus, y la luna como pálida sacerdotiza, oficiaba en el templo constelado de la Noche, iluminando con su luz vaga los poéticos idilios de las almas enamoradas. Y una voz divina me decía:

—Esta es la Verdad: amar, ser bueno y creer en Dios.

FIN.

INDICE

AL LECTOR

SEÑOR PEDRO	I
EL CORPUS DE MAXIMINO	9
LA ANÉMICA	19
BEDA	35
LA NOCHE BUENA DE BEBÉ.	57
TRISTE CUADRO.	65
CROQUIS	77
EL ENVIDIOSO	87
REMEMBER	117
EL PAÑUELO	125
MYRTHO	185
EN PLENO ENSUEÑO	193

